

ESCENA I

LA MARQUESA, AURORA, ERNESTO
Y GERTRUDIS

Al levantarse el telón, Ernesto se hallará pintando bajo la gradería. En lo alto de la gradería, Aurora, con un pañuelo, se despedirá de alguien que no se ve. Luego se adelantará al primer término, hasta encontrarse con la Marquesa, que estará á la derecha, sentada. Gertrudis aparecerá más al fondo.

AURORA

Otro que nos abandona, abuela.

LA MARQUESA

Si, hija mía: todos huyen de las ruinas. Él, á la guerra, que es su oficio; unos, detrás de la gloria; otros, detrás de la fortuna: todos nos dejan, todos abandonan el abandono.

AURORA

¿Cómo es, abuela, que nuestra casa les espanta?

LA MARQUESA

Porque el olor de ruinas, el olor de nobleza llegada á menos, les parece vaho de tumba, á los hombres de hoy, que no sienten

el consuelo de la poesía, ni el aroma de las flores al deshojarse. Todos, todos nos dejarán, flor de mi alma.

AURORA

Todos menos su Aurora.

GERTRUDIS

Ni esta pobre vieja que ha echado raíces aquí y aquí ha de morir.

LA MARQUESA

(cogiendo las manos de Aurora)

Tú también, cuando llegue mi ocaso, que no ha de tardar. Tú eres la última hoja de esta noble casa, y el viento ha de llevarte. ¡Y

qué hoja, Aurora mía! Delicada y bella como flor de sombra. Mira tus manos (*agarrándoselas*), blancas y largas como de estatua de mármol; mira tu rostro, pálido y también blanco como planta de estufa; mira tus ojos en el espejo del agua: un azul de anochecer envuelve tus pupilas. El que pretendía casarse contigo ha de amar tu alma y tu cara de enferma, tan llena de poesía.

AURORA

El que me quisiera tendría que casarse con estos árboles amarillentos y estos mármoles verdosos, y aceptar estas ruinas, que son mi dote.

LA MARQUESA

¡Oh bellas ilusiones!

AURORA

No quiero que sólo amén en mí una flor marchita: quiero que se enamoren de mi jardín; quiero que amen estos árboles; y las paredes que nos rodean y el color de estas losas.

LA MARQUESA

Aurora, yo soy muy vieja; casi tan vieja como las paredes que ves; y cuantos más años pasan, más vislumbro por todas partes la soledad. La soledad es un amigo que

no abandona las ruinas; y yo la he visto crecer, crecer más cada día hasta vivir con nosotros.

GERTRUDIS

No siempre ha vivido aquí.

LA MARQUESA

No siempre. Huyó un momento: cuando se casó aquel ángel que fué tu madre. Los salones de la casa, desiertos ahora y llenos de polvo, rebosaban alegría; las lámparas, hoy empañadas, eran entonces ramos de luz; y los senderos, que ves sin gente, se llenaban de parejas, de gritos de amor y de risas. No eran las aves de la noche que hoy

siento cantar las que cantaban en aquel tiempo: eran canciones de envidia que revoloteaban alrededor del nido de tus padres felices.

GERTRUDIS

¡Qué tiempos aquéllos!

LA MARQUESA

Un tiempo que se fué en un soplo. Murió tu madre, y así como el otoño arrastra las hojas, así la muerte ahuyentó las parejas. No se acercaron más. Todas venían á la luz de la dicha, todas, y ni una quedó junto á la muerta. Muy vieja yo, y tú acabada de nacer, volvió el reposo como nube de invierno, y

este caserón sin fin llegó á parecerse á una tumba que nos encerraba á los tres: á ti, casi huérfana; á mí, casi muerta, y á tu padre muriéndose.

AURORA

¡Pobre padre! *

LA MARQUESA

Sí: ¡pobre de él y pobre de nosotras! Nunca el dolor ha dejado en la cara más honda señal de tristeza; pero tampoco nunca la muerte ha soportado la muerte con valor igual, con nobleza tan digna, ni la melancolía ha entrado en casa alguna como entró en nuestra casa.

Lloraba todo el jardín. Esos desmayos que ves caían con tal laxitud que daban pena; se ennegrecieron los cipreses; se deshojaron las flores; el agua del surtidor parecía un vaso de lágrimas. Hasta los pájaros enmudecieron, y á escondidas de nosotros formaban sus nidos.

AURORA

¡Qué reposo!

LA MARQUESA

Ya entonces empezaba á rodearnos; y él no lo quería ver, no lo quería sentir. Le temía tanto que, al verlo llegar, al comprender que

su corazón se paralizaba por momentos y que estaba condenado á morir á una hora fija, convidó á sus amigos, aquellos amigos que huyeron al entrar aquí la tristeza; y cuando los vió agrupados y á la hora de los brindis en una comida en que todos disimulaban su alegría, se levantó como un fantasma, y con la copa en la mano, frío y amarillo como un muerto, brindó. «Señores, — les dijo, — me siento morir y no quiero morir solo. Ha sido un engaño la invitación á esta fiesta. La esperanza de diversiones os ha atraído, que, si llego á confesar que iba á morirme, solo me encontraría. Ahora estoy acompañado. No tardaré en morir. Soy yo quien os deja ahora. No tenéis

tiempo de abandonarme. Vacie-
mos la copa y venidme á enterrar.

AURORA

¡Dios mío!

LA MARQUESA

Sí, hija mía: así murió tu padre,
temiendo la soledad y dejándonos
en ella.*

AURORA

¡Memoria querida y amor que
guardaré, abuela del alma! Som-
bra suave y noble que nos trans-
mite la historia de estos jardines,
donde muerta he de dormir.

LA MARQUESA

Sí, sombra y nada más, Aurora,
te dejamos del pasado.

AURORA

Pero es sombra que venero.

LA MARQUESA

Ya has visto como huyen todos,
hasta aquellos que te amarían.
Acaba de irse uno. ¿Á dónde va? Á
la guerra entre los hombres. Ahí
tienes á tu primo (*señalando á Er-
nesto*) soñando en su arte. Verás
pasar á otros hoy y mañana, y, sin
padres, sin tesoros, sin más dote
que una herencia gloriosa, nin-

gundo verá en tu frente el prestigio de la última flor de un jardín lleno de ruinas.

AURORA

Aun hay poesía.

LA MARQUESA

¡Quién la pudiera sentir! ¡Cuánto quisiera, Dios mío, que al caer nosotros no te hubiese manchado el polvo del desastre; que esta vieja, que apenas ve ya, te viese feliz! ¡Pero no sé, miro en derredor y no veo más que sombra!

AURORA

También yo la veo; pero es som-

bra que deleita. No es oscuridad lo que miro: es luz de anochecer; no son tinieblas de gruta, sino manto de la noche; y cuando en el corazón hay juventud, cuanto más negra es la noche, más estrellas se divisan.

LA MARQUESA

¡De ellas colme Dios tu cielo! (*Se va por la derecha.*)*

ESCENA II

AURORA

¡Sí: Dios lo colme de consuelo y no me abandone. ¿Qué siento en mi corazón? ¿Qué siento en el

alma, que vivo tan triste? ¿Por qué no tengo amigas? ¿Por qué no río como los otros? No quisiera yo estar triste, no quisiera llorar, y el consuelo de las lágrimas es el bálsamo de mi corazón, de este pobre corazón, que las recibe como una lluvia que viene de lo alto de las ruinas. ¡Mis pobres ruinas! Entre ellas nací, y ellas han de guardarme. * Soy una flor de grieta tal vez, ó tal vez una de esas flores delicadas que viven del silencio, que se mueren á la luz y que, al frío, se marchitan. Sólo vivo de quietud, de olores que adormecen y de sombra de desmayos, sin amor, sin vivir y sin amor á la vida. No os acerquéis, no, los que buscáis amores, que

yo no podría ir á donde vosotros vais; y de frío y de añoranza os moriríais vosotros en esta prisión de árboles, en esta prisión que con toda el alma quiero sin que yo sepa por qué. (*Se queda escuchando la voz del surtidor.*) *
 ¿Lloras ó cantas, agua? Días hay en que me pareces que suspiras; horas en que hasta creo que rezas; hay momentos, como éste, en que me dejas soñando. ¡Si me pudieras decir, claro como tú, lo que ha de pasarme! ¡Si me sacaras de dudas! Si tu voz, tu voz de perlas, despejara mis ensueños! (*Permanece ensimismada, soñando.*) *

ESCENA III

AURORA Y ERNESTO

ERNESTO

¿No hablas, Aurora?

AURORA

Quien calla eres tú. Tu arte te absorbe y á nadie ves.

ERNESTO

Bien te veía; pero no he querido deshacer el grupo que formabais tú y la Marquesa, con el

palacio por fondo. Pareciais figuras de leyenda.

AURORA

¡Qué bien te excusas!

ERNESTO

Me distraje también buscando una flor perdida.

AURORA

¿Una flor?

ERNESTO

Sí: una flor que pinté en el cuadro y que alguien ha cogido.

AURORA

¡Pobre flor! Se la llevan á la guerra. No la ansies. Acaso, viva aún, le tocará una bala. Tal vez se entierre en un corazón envolviendo la herida.

ERNESTO

Hoy me marchó, Aurora, y voy también á la guerra del arte, que es otra clase de guerra, con más balas de la envidia y estocadas de los celos. ¿Para el pobre artista no te queda ni una flor?

AURORA

Quedan pocas, siendo tan gran-

de el jardín. (*Dándole una flor.*)
¿Te gusta?

ERNESTO

Me gusta por lo hermosa, y me gusta mucho más por la mano que la alcanza. Guarda tu aroma y conserva su olor. Esta pronto ha de morir, pero la otra... ¡Qué bella eres, Aurora!

AURORA

¿Que soy hermosa? ¡Pobre de mí! ¿Es que quieres devolverme la flor?

ERNESTO

No, Aurora. Te lo digo porque

no puedo ocultarlo. ¿Qué importa que te sofoques? Sólo así tu rostro se colorea, ese blanco puro como hoja de magnolia. Si te pudieses ver al cruzar por delante de la felpa de estos árboles, ¡cómo los árboles se oscurecen para formarte un nimbo, y qué aire de diosa, de ninfa de jardín toma á veces tu cuerpo! Si pudieras mirar, al subir las gradas de mármol, como se vuelve alfombra el verde de la piedra, y como al caminar es tu figura imagen de la tórtola con movimientos de cisne!

AURORA

¡Ernesto!...

ERNESTO

Al mirar el surtidor y al verte en él retratada como si fueras celosa, ¡cómo te asaltarían celos de la que dentro ves! ¡Celos de ti misma!

AURORA

¡Calla, por Dios!

ERNESTO

Y si al pisar las hojas te vieras rodeada de unas hojas que son lágrimas de los árboles, de las hojas que vuelan á tus pies en busca de calor, ¡qué hermosa, Aurora, qué hermosa te verías! Eres hermosa, y lo eres á mis ojos

y á los ojos del agua y al mirar de las estrellas. *

AURORA

Únicamente para la soledad podría serlo.

ERNESTO

¿Por qué para la soledad?

AURORA

Porque en ella me he criado, desde niña me ha visto, y las dos nos queremos.

ERNESTO

Pues contra ella he de luchar.

AURORA

¡Ay, Ernesto! Ella me ha querido siempre, y tu amor á mí es sólo amor de artista; bello para escucharlo el oído, pero triste para quien espera. Me quieres tú un poco más que al blanco de los cisnes y al verde de los árboles y al reflejo de las aguas y á los colores que sueñas, y al decirlo me lo dices con frases que halagan. Me quieres como figura de un fondo, tal vez algo más, no mucho. Cuando termines el cuadro y me tengas pintada te marcharás con el cuadro, creyendo que me robas con él.

ERNESTO

¿Y si no me fuese?

AURORA

Pero te irás. Sé leer en el porvenir. Si te quedases huirían de aquí dos sombras muertas de envidia: la soledad que me rodea y el arte que tanto amas.

ERNESTO

Lo quiero hasta morir por él.

AURORA

Y yo á la soledad hasta morir con ella.

ERNESTO

Y ¿qué amor te inspira?

AURORA

El mismo que tú sientes por el arte que yo ignoro, pero que me hace adivinar el vago amor que yo siento. El vacío, la quietud que brotan de estos jardines es vacío solamente para quien no los sabe sentir. Pueden callar para los demás esos troncos viejos y esas ramas muertas: para mí no callan. Los caminos á la sombra, cada estatua que el polvo cubre, cada fuente cegada, háblanme á toda hora de un pasado que siento correr en mí, de la savia de unos héroes de los

cuales soy yo el último brote. Me hablan de pasiones enterradas y secretos misteriosos, y me siento orgullosa de cuanto me dicen, porque al comprender... ¡pobre de mí!... que soy la última herencia de tanto esplendor, escucho la quietud, y amo la quietud porque ella me quiere.

ERNESTO

¿Y si juntos la amásemos?

AURORA

¡Ay!... Callaría. Ante testigos no hablan los jardines.

ERNESTO

¡Cuántos pájaros anidan aquí y son artistas!

AURORA

Pero emigran.

ERNESTO

Pero vuelven.

AURORA

Vuelven con nuevos amores.

ERNESTO

O en parejas se marchan.

AURORA

Pero mientras canta él canciones de libertad, ella se muere con el dolor de la ausencia. Yo, Ernesto, soy joven todavía, pero llevo en el corazón la vejez de mi raza, y tú, más viejo que yo, llevas hirviendo en ti todo un mundo de ilusiones.

ERNESTO

Aurora, al verte siento impulsos de robarte, y si te escucho tengo miedo de ti.

AURORA

¿Miedo y hastío?

ERNESTO

No es miedo: es temor. Temor de que el soplo de las palabras te marchite y te deshoje: tan delicada te veo. Te veo tan tierna y fina que temo que el aire de otro lugar te hiera, lejos de éste, que es para ti un relicario.

AURORA

Entiendo lo que me quieres decir y creo que nos avenimos. Quieres decirme que esta casa es como un libro viejo y yo como una flor que muere seca entre las últimas hojas. ¿Verdad?

ERNESTO

Algo dices, pero no es todo.

AURORA

Sí lo es, y no me extraña que lo pienses, porque también yo lo sueño. Así como tú dices que tu arte no puede vivir donde debiera, me falta á mí también no sé qué valor para vivir con los hombres. De aquí no puedo moverme: no puedo vivir sino agarrada á la hiedra.

ERNESTO

Y por eso temo de ti, Aurora; por eso tememos los que llegamos á ti cansados del camino de la vida.

Eres toda perfume, toda incienso de flores. Para tocar esa mano delicada de una pureza de alga no tenemos valor los que venimos del mundo.

AURORA

Sí. Adivino el pensamiento. Te gustaría llevarme detrás de vuestras huellas en vez de pararte tú á la sombra de este pasado frondoso.

ERNESTO

El camino es la vida.

AURORA

Lo es para los que bullen, no para los que soñamos.

ERNESTO

No eres mujer como las demás.
Quererte es querer una sombra,
con el temor de que se desva-
nezca.

AURORA

Tal vez quieres decirme que
soy una puesta de sol á quien
llamaron Aurora. Sí: una puesta
de vida, ó de una raza, como la
abuela dice á menudo.

ERNESTO

Quererte es querer y es abrazar
á la poesía misma. Yo me siento
prosa, Aurora. Te veo idealizada,

te veo en verso y hasta á veces no
alcanzo á leer en ti.

AURORA

¿Tan complicada soy?

ERNESTO

Tal vez por tan sencilla.

AURORA

Ernesto, ¿cuándo terminas el
cuadro?

ERNESTO

Con poco tiempo de trabajar
concluyo.